
ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION EN LA FORMACION Y CARACTERISTICAS DE LA CULTURA POLITICA DE LOS ESPAÑOLES

María Luz Morán
Universidad Complutense de Madrid

El interés por el estudio de la cultura política parece haber suscitado un renovado interés en los últimos años dentro del amplio campo de las Ciencias Sociales. Estas páginas tratan de plantear algunas reflexiones o hipótesis básicas relativas al papel de los diversos medios de comunicación en la formación de la nueva cultura democrática de los españoles en los últimos veinte años aproximadamente. Partiendo de los textos clásicos de la cultura política, y siempre desde la perspectiva de la Sociología Política, se presentan algunas de las principales líneas por las que, a mi entender, debe discurrir la investigación, al tiempo que se señalan algunas de las lagunas de los estudios realizados hasta la fecha¹. Para ello, y para lograr una mayor claridad en la exposición, mantendré la tradicional división (que en su día tomaron Almond y Verba de Parsons y Shills)² de las tres dimensiones de cultura política para tratar de analizar el impacto de los medios de comunicación en cada uno de estos niveles.

¹ El texto presenta tanto un enfoque como unas referencias bibliográficas centradas en los estudios de cultura política en España. Dicha elección es deliberada, aunque evidentemente supone un riesgo, e incluso una cierta limitación, puesto que no se abordan algunos de los temas e investigaciones desarrollados por la Sociología de la Comunicación.

² La obra clásica «origen» de los estudios sobre cultura política es, sin duda, el texto de G. ALMOND y S. VERBA, *La Cultura Cívica*, Madrid, Euroamérica, 1970. Algunos de los desarrollos más recientes en esta línea se encuentran en J. R. GIBBINS, *Contemporary Political Culture*, London, Sage, 1989.

1. *Dimensión cognitiva.* La dimensión cognitiva de la cultura política atañe a los niveles de conocimiento del sistema político por parte de una población concreta. La idea básica subyacente en esta dimensión es la de que los ciudadanos poseen un cierto volumen de información acerca del sistema, y en general de los asuntos políticos, que adquiere toda su importancia a la hora de influir en la formación de actitudes y sentimientos de competencia ciudadana y, en último término, en su predisposición a la participación política. En este sentido, una parte importante, aunque muchas veces dejada en un segundo plano, de las investigaciones sobre la cultura política gira en torno a los mecanismos de «aprendizaje» y de selección y transmisión de la información política dentro de las diversas sociedades; un aspecto en el que los distintos mecanismos de socialización política ocupan un lugar destacado.

Si dejamos de lado, por el momento, los «mecanismos informales» de transmisión de conocimientos políticos (sobre los que habremos de volver más adelante debido a su gran importancia y, sobre todo, al hecho de que, en el caso español, aparecen como una variable explicativa fundamental) será necesario admitir como hipótesis inicial de trabajo que los medios de comunicación tienen que jugar un papel destacado como medios de aprendizaje y socialización políticas. En una sociedad de masas como la española en la que el crecimiento de los medios de comunicación de masas puede considerarse como una de las características distintivas de la evolución de las últimas décadas no puede, por consiguiente, olvidarse el papel de «transmisor de la información política» que indudablemente llevan a cabo dichos medios.

Por consiguiente, una investigación detallada sobre este tema debería comenzar planteándose el objetivo de determinar cuáles son los principales canales por medio de los cuales los españoles adquieren la parte más significativa de su información política y, en concreto, el «peso específico» dentro de este proceso de adquisición de conocimientos de los distintos medios de comunicación. Dicho objetivo, además, lleva aparejadas otra serie de cuestiones. En primer lugar, es necesario llegar a definir si existen diferencias significativas entre los distintos medios en lo que se refiere al impacto en la formación de dicho volumen de información. Existe una tendencia bastante general entre los sociólogos y los politólogos que han abordado estas cuestiones a señalar un aumento del peso de la información a través de las imágenes, o de la información televisada, en detrimento del peso de otros medios de información, y en concreto de la información política «impresa»³. Dicha supremacía supone, además de un cambio cualitativo en las formas y el contenido con los que se plantean las «noticias políticas», una paulatina tendencia a la disminución del peso de la informa-

³ Sobre este tema, del cual existe una abundantísima literatura, puede verse el capítulo «Videopoder» de la obra de G. SARTORI, *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

ción estrictamente política. Ello se compensa con la introducción de mensajes «políticos» dentro de programas no percibidos directamente como tales por los individuos o espectadores, una idea sobre la que habré de volver más adelante en el análisis concreto de los datos.

En segundo lugar, y dentro de esta primera dimensión cognitiva, es importante poder llegar a determinar la existencia de otras variables sociales fundamentales que expliquen el distinto nivel de información de los ciudadanos. A mi entender, la pregunta fundamental que hay que esforzarse en responder es la siguiente: ¿en qué medida existe una desigualdad de acceso a la información política a través de un desigual acceso a los diferentes medios de comunicación que logre llegar a explicar las diferencias significativas que se encuentran en los niveles de conocimiento e información sobre los sistemas políticos? Una vez más, la propuesta de C. Pateman⁴ de la reinterpretación de los datos de los estudios de la cultura política partiendo de la consideración de las tres grandes dimensiones de división social: el sexo, la educación y el estatus socioeconómico, aparece como el camino a seguir en esta investigación.

La primera hipótesis a comprobar a través de las distintas encuestas de opinión de las que disponemos es la de que en España, a lo largo de la década de los setenta y los ochenta, la ausencia de la inclusión dentro del sistema educativo de unos canales adecuados de transmisión de conocimientos sobre el sistema político, junto con las carencias de la vida asociativa derivadas de los cuarenta años de régimen autoritario, aumentan probablemente la importancia de los distintos medios de comunicación como fuente casi única de transmisión «formal» de los elementos que constituyen la dimensión cognitiva de la cultura política.

Esta es una de las hipótesis que manejaré en la última parte del artículo. No obstante, incluso antes de considerar los datos concretos, aparecen ya dos grandes objeciones a la misma. La primera de ellas es de carácter puramente «mecánico»; hasta el momento no se cuenta con información de carácter empírico que permita comprobar plenamente el acierto de dicha hipótesis. La práctica totalidad de las encuestas de opinión sobre cultura política no llegan a abordar plenamente esta dimensión del problema. Por ello sólo se van a poder extraer algunas líneas de tendencia y unas conclusiones limitadas sobre el mismo. La segunda objeción, sin embargo, es más sustancial. Hay que tomar en cuenta la posibilidad, por la que apuestan sin lugar a dudas Almond y Verba, de que los canales de información política «formales» tengan un peso menor del que podría esperarse en la adquisición de unos conocimientos políticos que, en ningún caso, van a ser muy grandes en amplios segmentos de la población. Una vez más, por consiguiente, habrá que recurrir a la posible importancia de otros medios de socialización política, en concreto a los canales «informales» de socializa-

⁴ Véase C. PATEMAN, «The Civic Culture: A Philosophical Critique», en G. ALMOND y S. VERBA, *The Civil Culture Revisited*, Boston, Little Brown and Co., 1980.

ción (entre los que cabe destacar el papel de la familia) como principales transmisores de los conocimientos políticos de los individuos. Ello supone, por otro lado, y sobre ello habremos de volver en más ocasiones, la admisión de que un nivel muy bajo de conocimientos políticos (que se asociará además con niveles también escasos de interés por la política) constituye la norma en las sociedades industriales avanzadas y no es incompatible con el buen funcionamiento y la estabilidad de la democracia, como tampoco es incompatible con una satisfacción difundida entre los ciudadanos con respecto al sistema político.

2. *Dimensión afectiva.* No es éste el lugar para pensar en solucionar los problemas de definición que comporta la dimensión afectiva de la cultura política, a causa de una supuesta orientación excesivamente psicologista de *La Cultura Cívica*, aunque sí es necesario no olvidar la ambigüedad que conlleva dicha concepción de «afecto». En todo caso, desde un principio los estudios de cultura política han operacionalizado esta «orientación» en términos de la «distancia-proximidad» de los individuos o grupos sociales con respecto a un sistema político concreto. El grado de identificación con los principales objetivos del sistema, la adhesión con algunas de sus instituciones fundamentales y los sentimientos de «competencia cívica» son las variables principales con las que se aborda el estudio de esta dimensión (bien entendido que la separación entre las tres dimensiones de la cultura política se entiende en este artículo como un recurso de «articulación y orden» de la argumentación, y no se pretende en ningún caso separar rígidamente aspectos que pueden integrarse en dos o más dimensiones).

En este punto concreto, la idea clave que se ha planteado en los estudios de cultura política es la de que los mecanismos de «socialización política» fundamentales son los principales creadores de las bases de adhesión e identificación con el sistema político. Por otro lado, la creación y mantenimiento de estas bases de la adhesión con el sistema político adquieren una mayor relevancia en un caso de transición política como el español en el que gran parte de estas bases han de ser construidas *ex novo* a causa de los efectos destructores del régimen autoritario.

En aquellos casos en los que se produce una transición de un régimen autoritario a otro democrático es necesario insistir (como lo han hecho, entre otros, J. J. Linz, J. M. Maravall, y J. R. Montero y M. Torcal)⁵ en la conveniencia de ir más allá de una tesis excesivamente limitada de la preeminencia de la socialización infantil para insistir en la relevancia de la socialización política adulta como factor básico de interpretación de la

⁵ Véanse J. M. MARAVALL, *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1982; y J. R. MONTERO y M. TORCAL, «La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio», *Sistema*, núm. 99, noviembre de 1990. Entre la muy abundante producción de J. J. LINZ sobre este tema pueden recordarse *The breakdown of democratic regimes*, Baltimore, The John Hopkins Univ. Press, 1978; y *España: un presente para el futuro. La sociedad*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

transformación de la cultura política dentro de los procesos de transición política. Admitiendo, por lo tanto, dicha tesis y aplicándola al tema que guía este artículo vuelve a surgir el probable peso de los medios de comunicación a lo largo de estos procesos de socialización política adulta de aquellas generaciones protagonistas de los procesos de transición. El impacto de dichos medios de comunicación constituye, además, un elemento importante en la explicación del origen del cinismo político, considerado por la mayor parte de los autores como uno de los rasgos más sobresalientes de nuestra cultura política (sin que haya signo alguno, por el momento, de que dicha tendencia vaya a cambiar).

La segunda hipótesis con la que se abordará la interpretación de los datos existentes, por consiguiente, es la de que los medios de comunicación han tenido que actuar como agentes significativos de socialización política en la creación de las bases de identificación y adhesión de los distintos grupos sociales con el sistema político democrático. Queda por determinar, sin embargo, además del peso de dicho impacto (es decir, su peso relativo en comparación con el de otros agentes de socialización) el sentido de los mensajes transmitidos; en concreto, el grado de implicación que las pautas de adhesión transmitidas a través de los medios de comunicación contribuyen a introducir en la formación de una cultura política que (como veremos más adelante) muestra desde los comienzos de la transición una valoración positiva del sistema democrático, pero que al mismo tiempo se caracteriza por elevados niveles de cinismo político, es decir, ausencia de sentimientos de competencia política, falta de identificación con algunas de las instituciones fundamentales del sistema y niveles muy bajos de participación política.

3. *Dimensión evaluativa.* En la terminología de Almond y Verba la dimensión evaluativa hace referencia a la valoración que los individuos hacen del sistema político y de sus diferentes componentes⁶. Dicha valoración se realiza, según la tesis clásica, en base a las orientaciones cognitivas y afectivas de cada individuo que se encuentran ampliamente difundidas entre la población, lo que no implica que no puedan existir «disonancias» entre los niveles de información, conocimiento del sistema político, identificación con dicho sistema y el sentido concreto de la valoración del mismo.

En concreto, la tesis mantenida por la mayor parte de los estudios en España es la de que la cultura política de los españoles se caracteriza por un nivel bajo de información y conocimientos y por unos escasos niveles de identificación con aspectos básicos del sistema político y que, sin embargo, la valoración del sistema político es (sobre todo en lo que respecta a su

⁶ Es fundamentalmente en esta dimensión en donde se hace evidente la conveniencia de llevar a cabo análisis de cultura política de carácter comparativo que ponen de una forma mucho más clara en evidencia el modo en que se comportan las diferentes variables en distintos contextos históricos.

legitimidad) positiva en lo fundamental. En gran medida, esta alta legitimidad del sistema político desde sus inicios contribuiría a explicar la «suavidad» y ausencia de quiebros importantes en la transición política española, a pesar de que la evaluación de la efectividad del sistema político es mucho menor.

En este punto específico, y volviendo siempre al problema del impacto de los medios de comunicación, la probable influencia de éstos sobre la valoración del sistema político (siempre en su doble vertiente de efectividad y legitimidad) tiene que ser apreciable. Más allá de la mera transmisión de información política y de la creación de las bases de adhesión en relación al sistema político, los medios de comunicación tienen que jugar un papel notable en la valoración concreta que sobre las instituciones y otros aspectos esenciales del sistema hacen los ciudadanos dentro de una comunidad política concreta. La hipótesis que manejaremos en este punto es la de que el contenido y la forma concreta de los mensajes políticos transmitidos por los medios de comunicación tienen que tener una importante influencia en la disonancia que se produce entre las tres dimensiones de la cultura política, y en concreto en la pauta del «cinismo político» que parece caracterizar desde sus inicios a la nueva cultura política democrática de los españoles.

1. ALGUNOS RASGOS BASICOS DE LA CULTURA POLITICA DE LOS ESPAÑOLES

Sin duda, no es éste el lugar para proceder a una exposición sistemática de los rasgos fundamentales de la cultura política de los españoles y de sus tendencias de evolución. A pesar de todo, es conveniente enmarcar brevemente el tema para poder precisar con posterioridad el posible impacto de los medios de comunicación sobre los mismos dentro de una perspectiva más amplia del ya mencionado «proceso de socialización política adulta».

Antes de nada, sin embargo, hay que tomar en consideración el escaso lapso de tiempo, apenas quince años, transcurrido desde la celebración de las primeras elecciones democráticas de junio de 1977. Un período de tiempo que es todavía demasiado corto para poder establecer tendencias precisas de evolución de la cultura política a medio y largo plazo. De todos modos, dado que este estudio suscitó el interés de los investigadores desde los primeros años de la transición, existe en la actualidad una literatura suficiente, al tiempo que un volumen de datos bastante notable como para poder extraer algunos de los rasgos fundamentales de la misma.

El análisis de la cultura política de los españoles necesariamente ha de estar vinculado al estudio del proceso de transición del autoritarismo a la democracia teniendo en cuenta los elementos de continuidad y de discontinuidad que prevalecen en la construcción de la nueva cultura

democrática en relación con el anterior régimen autoritario. Ello remitiría, en un análisis que excede los límites del presente artículo, a vincular dicho proceso con la historia de la transformación y del papel de los medios de comunicación en el proceso de transición política española.

Los estudios sobre la transición política en España, un proceso que suscitó el interés inmediato por parte de los científicos sociales, son muy numerosos⁷, pero no lo son tanto los estudios específicos sobre la cultura política a lo largo de la transición y de la posterior consolidación de la democracia. Se trata, en su mayor parte, de análisis centrados en el estudio de la transición y que tratan colateralmente el tema de la cultura política o, en todo caso, de análisis excesivamente «globales» que prestan poca atención al surgimiento de «subculturas políticas» específicas (salvo algún estudio concreto centrado en la creación de culturas políticas diversas asociado con el surgimiento del régimen autonómico). Por otro lado, los estudios de cultura política en España han sido escasamente innovadores tanto en el plano metodológico como en sus premisas teóricas, sin abordar en la mayor parte de las ocasiones los problemas teóricos vinculados a la aplicación del concepto⁸. A pesar de estas objeciones, estos estudios «clásicos» servirán para resumir muy sucintamente las características de la cultura política que más interesan para el objeto de este artículo.

1. Como ya se apuntaba con anterioridad, el proceso de transición política se concibe básicamente en términos de una «resocialización política adulta» en los valores democráticos. Dicha socialización tiene lugar sobre la base de una cultura política extendida a fines de los años sesenta caracterizada por unas actitudes políticas muy elementales definidas por un alto nivel de desinformación. En todo caso, la socialización está marcada por las actitudes favorables de la mayoría de la población hacia el cambio político ya desde fines de los sesenta o comienzos de los setenta⁹.

⁷ Para una bibliografía bastante completa sobre la transición política española véase el número monográfico que la revista *Sistema* dedica al tema, núms. 68-69, 1985. Dos obras colectivas importantes publicadas posteriormente son S. GINER (ed.), *España: sociedad y política*, Madrid, Espasa Calpe, 1990; y J. F. TEZANOS, R. COTARELO, y A. DE BLAS (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989.

⁸ En todo caso, cabe destacar como obra clave que aborda el estudio de la cultura política como elemento importante dentro del estudio de la transición política española la obra de J. M. MARAVALL, *La política de la transición*, op. cit.; una obra que, a pesar de haber sido publicada hace diez años, sigue marcando la vía de estos análisis. Puede consultarse también el artículo ya citado de J. R. MONTERO y M. TORCAL, «La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio», op. cit. Para una bibliografía bastante completa de los estudios de cultura política en España véase el número monográfico que la revista *Documentación Social* dedica al tema, «Cambio democrático y cultura política», núm. 73, octubre-diciembre 1988.

⁹ Seguramente ha sido R. LÓPEZ PINTOR el que ha estudiado con mayor detenimiento este proceso de cambio de actitudes del franquismo a la democracia en su obra *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982.

2. La evolución de la cultura política a lo largo de los primeros años del cambio político está marcada por un importante factor de homogeneidad que introducen las pautas de moderación que guían el comportamiento electoral en las elecciones de los años setenta. Dicha moderación se basa, a su vez, en una moderación ideológica de los españoles que se traduce, además, en la defensa de actitudes reformistas por parte de los ciudadanos. Todos los estudios demuestran que el electorado español se inclina claramente hacia una posición de centro-izquierda, que lo califica como el electorado menos conservador de la Europa occidental.

3. El sistema político democrático da muestras de un alto grado de legitimidad desde los primeros años de su instauración. Esta es una pauta consistente que se mantiene prácticamente inalterable a lo largo del tiempo. No obstante, este alto nivel de legitimidad se da paralelamente a una valoración mucho más negativa de la gestión gubernamental. La menor valoración de la gestión de los sucesivos gobiernos (una pauta constante a pesar de las fluctuaciones determinadas por los acontecimientos políticos concretos), junto con otras pautas como las de menor tendencia a la participación política de los españoles en comparación con los ciudadanos de los países occidentales, han sido la base de algunas tesis sobre el rápido «desencanto» de los españoles con la nueva realidad democrática. A pesar de ello, la idea más generalizada es que la crítica casi sistemática a la eficacia de la gestión gubernamental no ha erosionado en ningún momento la valoración positiva de la legitimidad del sistema político español, al menos hasta la fecha.

4. El conocimiento de los españoles del sistema político democrático en su conjunto, y de algunas de sus instituciones fundamentales, es muy escaso y no ha sufrido (como se verá con más detalle en la última parte del artículo) variaciones significativas en el período considerado. El bajo nivel de conocimiento está asociado, además, con un escaso interés por la política y por una actitud generalizada de pasividad política, es decir, por un sentimiento muy pobre de competencia política de los ciudadanos españoles. Todo ello da lugar a un alto nivel de cinismo político expresado por una escasa identificación de los ciudadanos con las élites políticas y con las principales instituciones (en especial, una bajísima identificación con los partidos políticos y con los sindicatos)¹⁰.

El cinismo político es, junto con la participación política de los españoles, el rasgo que más diferencia la cultura política de los españoles de la del resto de los ciudadanos de las democracias occidentales a lo largo de las décadas de los setenta y ochenta. Creo, sin embargo, que es necesario

¹⁰ J. J. LINZ explica la aparición del «cinismo político» como característica distintiva de la cultura política de los españoles como resultado de la falta de ajuste de los procesos de modernización económica y social con el proceso de cambio político. El cinismo político, en suma, es la principal huella del franquismo en el desarrollo político español.

comenzar a plantear algunas precisiones relativas a la interpretación más difundida de este fenómeno. Como se ha mencionado con anterioridad, la principal explicación que se ha planteado es la de que el cinismo político y la baja participación política son debidas esencialmente al peso del franquismo, al vacío cultural que éste provocó durante cuatro décadas, a la falta de tradición asociativa que conllevó el régimen autoritario, etc., en contraposición a la situación que caracterizó durante el mismo período al resto de los países occidentales. Pero es necesario subrayar, en primer lugar, que en los últimos años estas mismas tendencias parecen estar aumentando en países que no han sufrido una ruptura en su desarrollo democrático comparable a la española¹¹. En esta línea, creo que es necesario comenzar a presentar algunas tesis alternativas que, si bien no desechan la validez de las explicaciones tradicionales del cinismo político y la escasa participación política, estudien dichos fenómenos no sólo como características distintivas del caso español, sino dentro de un movimiento común a todas las sociedades industriales avanzadas de transformación del sentido y de los «lugares» de la política.

5. En todo caso, las dos dimensiones que marcan las grandes diferencias entre los diversos grupos sociales en cuanto a las principales características de la cultura política son el sexo y el nivel de educación¹². Aunque la variable edad también es discriminante, lo es en menor medida que las dos anteriores, al menos en lo que respecta a las dimensiones clásicas de la cultura política (en cambio, la edad es un factor mucho más decisivo a la hora de tomar en cuenta la evolución de los valores en este mismo período). La cultura política revela, siguiendo el argumento de Pateman, una relación consistente entre los niveles de competencia política y los niveles educacionales, de estatus ocupacional y el sexo. A mi entender es conveniente ahondar en esta línea de trabajo, que hasta el momento no ha sido muy explotada en el caso español.

¹¹ En el momento en que se redacta este artículo, en plena campaña electoral británica, la prensa de este país ha publicado una serie de encuestas que señalan un drástico aumento de cinismo político entre los electores británicos: un descenso brusco de interés por la política y una notable falta de identificación con las principales instituciones del sistema político británico, junto con una cierta disminución de la predisposición a la participación política. Habrá que esperar a la celebración de las elecciones para ver si este cambio de actitudes se traduce en una modificación en el comportamiento electoral; seguramente el impacto no será muy grande, pero no deja de mostrar, a mi entender, los síntomas de un movimiento más general de transformación de los valores y de la cultura políticos.

¹² No se toma en cuenta en este artículo la probable existencia de culturas regionales con características distintivas.

2. LOS ESTUDIOS DE LA CULTURA POLITICA DE LOS ESPAÑOLES Y EL PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION

En esta última parte del artículo trataré de comprobar las principales hipótesis planteadas a lo largo de la exposición, recurriendo a los distintos datos de encuestas de opinión de algunos de los principales estudios sobre cultura política en España¹³. Por medio de esta tarea se espera poder confirmar algunas de las tesis básicas que se han planteado en los principales estudios realizados sobre el tema, al tiempo que se desea marcar nuevas vías para la investigación.

Una de las ideas que se han apuntado a lo largo de las páginas anteriores es la de que hay que pensar en que los medios de comunicación de masas tienen que jugar un papel, al menos relevante, en el proceso de adquisición de la información y de conocimientos políticos formales por parte de grandes sectores de la población. Dichos medios constituirían los «canales formales» de la información política que, junto con los demás agentes de socialización (entre los que hay que destacar a la familia), tendrían que aparecer como los sujetos principales de la «dimensión cognitiva» de la cultura política.

Este hecho ha de encuadrarse, no obstante, dentro de un marco general caracterizado por una falta de interés muy extendida por la política y por un sentimiento también amplio de ausencia de «competencia política» que ha sido señalado por numerosos autores. Tal y como demuestran los datos de diferentes encuestas de opinión, el interés demostrado por la política es muy escaso (véase la tabla 1 y el gráfico 1), sin que parezca existir ninguna evolución positiva en este sentido a lo largo de los años considerados. Los datos recogidos en el estudio de Montero y Torcal que abarcan la década de los setenta y la de los ochenta sí muestran un descenso pronunciado del «no interés» rotundo que coincide con los primeros años de la transición política española, pero a partir de los años ochenta los niveles de interés y de ausencia de interés son prácticamente inmutables. Más del 70 por 100 de los ciudadanos se encuentra entre aquellos que declaran poseer poco o ningún interés por la política.

Pero es, dentro de esta tendencia general, en el momento en que se desagregan los datos globales según ciertas variables (en concreto el sexo, la edad y el nivel de estudios) cuando se reafirma la idea antes expuesta de que las principales dimensiones de la cultura política se encuentran ampliamente determinadas por las líneas básicas de «desigualdad social» que caracterizan a la sociedad española (tabla 2). Existen diferencias significa-

¹³ Básicamente se presentan datos de encuestas realizadas a lo largo de la década de los ochenta en el Centro de Investigaciones Sociológicas y que pueden consultarse en su Banco de Datos, así como en los «Datos de Opinión» de la REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, en sus núms. 42 y 49.

TABLA 1

Evolución del interés por la política

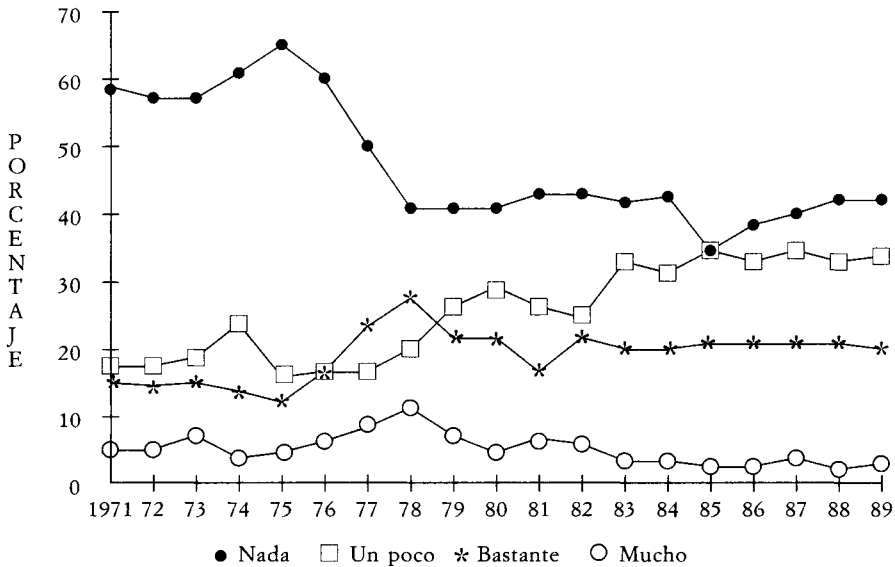
(¿Podría usted decirme si, en líneas generales la política le interesa mucho, bastante, poco o nada?)

	Abril 1988 (%)	Enero 1989 (%)
Mucho	2	3
Bastante	20	19
Poco	35	36
Nada	42	42
NS/NC	1	0
N	(2.496)	(3.346)

FUENTE: Banco de Datos del CIS.

GRAFICO 1

Evolución del interés por la política en España, 1971-1979



FUENTE: MONTERO, J. R. y TORCAL, M., *op. cit.*

TABLA 2

Interés por la política según sexo, edad y nivel de estudios

(¿Podría usted decirme si, en líneas generales, la política le interesa mucho, bastante, poco o nada?)

	N	Mucho+bastante (%)	Poco+nada (%)	NS/NC (%)
<i>Nacional</i>	(3.346)	22	78	0
<i>Sexo</i>				
Varones	(1.598)	29	70	1
Mujeres	(1.748)	15	85	0
<i>Edad</i>				
18-25	(651)	21	79	0
26-40	(886)	31	68	1
41-50	(563)	23	77	0
51-60	(534)	19	81	—
Más de 60	(702)	12	88	—
NC	(10)	6	94	—
<i>Nivel de estudios</i>				
Menos de primarios	(995)	9	91	0
Primarios	(1.186)	17	83	0
Bachiller	(803)	30	69	1
Superiores	(352)	53	45	2
NC	(11)	29	70	1

FUENTE: Banco de Datos del CIS, enero 1989.

tivas en el interés demostrado por la política entre grupos de edad, grupos de diferente nivel educativo y hombres y mujeres que, indudablemente, determinarán distintas actitudes de competencia política y de tendencia a la participación política.

De la consideración de estos datos surge un primer tipo de ciudadanos (que curiosamente es el mismo que señala C. Pateman en su nueva consideración de los datos de la *Cultura Cívica*) mucho más interesado por la política, y que previsiblemente manifestará (como se confirmará más adelante) un mayor conocimiento de los asuntos políticos y una implicación más alta en la vida política. Se trata de un «ciudadano tipo» varón, que reside en núcleos urbanos, con una edad comprendida entre los veintiséis y los cincuenta años y con un nivel educativo alto. Es interesante apuntar

también, en este punto, que la variable edad parece tener un peso menor que la educación o el sexo en lo que se refiere al interés por la política¹⁴.

El máximo grado de interés por la política (aunque siguen persistiendo los niveles muy bajos) se centra en aquellos ámbitos de la misma que pueden considerarse más cercanos al individuo (tabla 3), en concreto la gestión de los ayuntamientos y, en menor medida, la gestión gubernamental. Sin embargo, junto a un interés mínimo por las actividades de los partidos políticos, los sindicatos y el parlamento (es decir, por las principales instituciones de participación y representación ciudadana), el mayor interés por la política internacional (en principio mucho más alejada de los ciudadanos) no confirma totalmente la tesis de la distancia/proximidad con respecto al individuo como *factor explicativo principal*.

TABLA 3

Grado de interés por las diferentes parcelas de la actividad política

(¿Y se interesa usted mucho, bastante, poco o nada por...

- lo que se discute en el Parlamento?
- lo que hace el gobierno?
- lo que hace su gobierno autónomo?
- lo que hace su ayuntamiento?
- los problemas de los partidos políticos?
- las actividades de los sindicatos?
- las cuestiones internacionales?)

	<i>Mucho</i> (%)	<i>Bastante</i> (%)	<i>Poco</i> (%)	<i>Nada</i> (%)	NS/NC (%)
El parlamento	3	25	39	32	1
El gobierno	5	37	32	25	1
El gobierno autónomo	6	32	34	27	2
El ayuntamiento	11	41	27	20	2
Los partidos políticos	3	17	35	44	2
Los sindicatos	4	23	34	38	2
Las cuestiones internacionales	4	27	34	33	2
N=(3.346)					

FUENTE: Banco de Datos del CIS, enero 1989.

¹⁴ Aproximadamente en la misma fecha que la encuesta de 1989 de la cultura política realizada por el CIS, dicho organismo llevó a cabo un amplio estudio sobre la juventud (cuyos datos se encuentran publicados en los «Datos de Opinión» de la REIS núm. 52). Una rápida consideración de dichos datos parece demostrar que el grado de interés por la política del grupo de jóvenes incluidos entre los 15 y los 29 años es incluso más bajo que en el conjunto de la población. Hay que resaltar, por otro lado, que se mantiene también la distancia en el interés entre los hombres y las mujeres, aunque algo atenuada. Sin embargo, sería necesaria una consideración más detenida de los datos para poder extraer conclusiones definitivas sobre los mismos.

Pero, aunque queda patente que el acercamiento o interés por la política está determinado por ciertas pautas de desigualdad social, surgen también algunos interrogantes a partir de estas primeras observaciones. Es cierto que desde los primeros estudios de los años sesenta en ninguna de las culturas políticas estudiadas, ni siquiera aquellas que se presentan como resultado de un desarrollo político modélico cuyo fruto es la construcción de una democracia estable, la pauta general es la de un ciudadano bien informado sobre los asuntos políticos y con un alto grado de interés en éstos. Más bien, por el contrario, la tesis difundida es la de un ciudadano medio para el que la política constituye un asunto de segunda importancia, lo que no es óbice (más bien es favorable) para la existencia de un sistema político democrático legítimo y eficaz. Sin embargo, al margen de las posibles objeciones que se puede hacer a esta argumentación, en el caso español dicha falta de interés puede tener otras interpretaciones.

El escaso interés por la política se encuentra, además, asociado con una concepción negativa de la política, que se percibe como algo alejado de los intereses del ciudadano medio. Pero, además, la política aparece como algo complejo e ininteligible, que se escapa de la comprensión de la mayor parte de los individuos, y, por último, entendida como actividad, es valorada en términos bastante negativos, con una frecuente asociación con conceptos como los de poca claridad en las actuaciones y corrupción. La explicación más plausible a este fenómeno se remite a la «herencia» de la tradición histórica española y, en concreto, al peso de las décadas de autoritarismo; éste sería, en definitiva, uno de los elementos con mayor peso de la herencia del franquismo. Sin embargo, lo que sorprende es que no existe un cambio sustancial en dichas actitudes a medida que aumenta la «experiencia» en la vida democrática. Ello plantea la necesidad de proceder a un replanteamiento del significado real del concepto de «política» en la sociedad española, para lograr determinar el sentido real de dicha valoración negativa¹⁵.

¿Existe algún tipo de relación entre esta ausencia de interés y los mensajes que proporcionaron los medios de comunicación durante todo el período considerado? La respuesta, si es que se puede llegar a dar alguna, se vincula con otro aspecto relevante de la dimensión cognitiva de la cultura política, en concreto con el nivel de conocimiento de los asuntos políticos, puesto que tiene que existir algún tipo de relación entre el nivel de información y de conocimientos políticos que posiblemente pueda plantearse en términos de una mutua alimentación. Los datos disponibles sobre el nivel de conocimientos políticos de los españoles de algunos aspectos importantes del sistema político (o, mejor dicho, el grado en que los

¹⁵ Algunos estudios recientes, como el realizado por la Fundación CIRES sobre los españoles ante la ciencia, parecen afirmar la idea de una translación del centro de interés de los ciudadanos desde los asuntos públicos «tradicionales» a nuevos aspectos de la vida social, como pueden ser la ciencia o la tecnología.

ciudadanos valoran sus propios conocimientos sobre estos temas) apuntan en la misma dirección que los presentados sobre el nivel de información. Existe, por consiguiente, un escaso conocimiento aunque con niveles algo más elevados que los del interés (tabla 4).

TABLA 4

Grado de información sobre política según sexo, edad y nivel de estudios

(¿Se considera usted muy al corriente, bastante al corriente, poco o nada al corriente de lo que pasa en política?)

	N	<i>Muy+bastante al corriente (%)</i>	<i>Poco+nada al corriente (%)</i>	NS/NC (%)
<i>Nacional</i>	(3.346)	31	68	1
<i>Sexo</i>				
Varones	(1.598)	40	59	1
Mujeres	(1.748)	24	76	0
<i>Edad</i>				
18-25	(651)	31	68	1
26-40	(886)	42	58	0
41-50	(563)	36	63	1
51-60	(534)	27	72	1
Más de 60	(702)	19	80	1
NC	(10)	6	94	—
<i>Nivel de estudios</i>				
Menos de primarios	(995)	15	85	0
Primarios	(1.186)	27	72	1
Bachiller	(803)	43	56	1
Superiores	(352)	67	33	—
NC	(11)	32	68	—

FUENTE: Banco de Datos del CIS, enero 1989.

La admisión generalizada de un conocimiento pobre sobre el sistema y la vida políticos españoles se hace, además, patente recurriendo a ejemplos distintos. Tanto el conocimiento de la Constitución española (tablas 5 y 6)¹⁶ como el de los miembros de los distintos gobiernos¹⁷, por poner dos

TABLA 5

Opiniones sobre el conocimiento de la Constitución, 1987-1989

	1987 (%)	1988 (%)	1989 (%)
La conocemos bien	2	2	2
Por encima	22	20	19
Muy poco	37	37	41
Casi nada	34	32	31
NS/NC	5	9	7
TOTAL	100	100	100
(N)	(2.500)	(2.500)	(2.493)

FUENTE: *Datos de Opinión* núm. 23: «Los españoles ante la Constitución y las instituciones democráticas» (redacción: F. Ollero), Madrid, CIS, 1990.

TABLA 6

Grado de conocimiento personal de la Constitución, 1984-1989

	1984 (%)	1985 (%)	1986 (%)	1987 (%)	1988 (%)	1989 (%)
Bien	6	7	6	6	7	6
Por encima	30	26	26	26	25	26
Muy poco	25	26	28	31	31	32
Casi nada	36	40	36	36	36	35
NS/NC	3	1	4	1	1	1
TOTAL	100	100	100	100	100	100
(N)	(1.200)	(2.495)	(2.500)	(2.500)	(2.488)	(2.493)

FUENTE: *Datos de Opinión* núm. 23: «Los españoles ante la Constitución y las instituciones democráticas» (redacción: F. Ollero), Madrid, CIS, 1990.

¹⁶ F. OLLERO señala, basándose en los distintos estudios del CIS, que los ciudadanos atribuyen a los distintos gobiernos un escaso interés por fomentar el estudio de la Constitución; al tiempo que se otorga un papel relevante a la televisión como medio de comunicación que podría contribuir a la difusión de la misma. Véase F. OLLERO, «Los españoles ante la Constitución y las instituciones democráticas (1978-1989)», *Estudios y Encuestas*, núm. 23, Madrid, CIS, 1990.

¹⁷ Sobre un total de diecisiete miembros que componían el gobierno en 1990 (exceptuando al Presidente del Gobierno) sólo cinco eran conocidos por más del 50 por 100 de los entrevistados. En concreto eran, probablemente, los ministros que más habían aparecido en los diferentes medios de comunicación, por distintas razones: R. Conde, F. Fernández Ordóñez, N. Serra, J. Solana y C. Solchaga.

cuestiones que aparecen con frecuencia en las encuestas de opinión, muestran niveles muy pequeños.

Los bajos niveles de información y de conocimientos políticos de los españoles coinciden muy claramente con una «sorprendente» escasa audiencia, y por lo tanto recepción, de los mensajes de información política que transmiten los medios de comunicación. En líneas generales, los españoles parecen prestar muy poca atención a los programas de tipo informativo, tanto radiofónicos como televisados; pero la lectura de las secciones políticas de los periódicos alcanza niveles aún más bajos (tabla 7)¹⁸. Dentro de esta escasísima atención, hay que destacar que la televisión aparece, a gran distancia, como el principal medio de comunicación a través del cual los ciudadanos obtienen información política (al menos en lo que se refiere

TABLA 7

Fuentes de información política

(¿Puede usted decirme con qué frecuencia:

- lee las secciones políticas de los periódicos?
- ve los programas de información política en televisión?
- oye los programas de información política en la radio?
- comenta o discute de política con otras personas?)

	<i>Todos los días (%)</i>	<i>Una vez por semana (%)</i>	<i>Alguna vez al mes (%)</i>	<i>Nunca o casi nunca (%)</i>	<i>NS/NC (%)</i>
<i>Total:</i>					
Periódicos	16	16	16	51	1
TV	34	19	18	28	1
Radio	17	12	18	53	1
Otras personas	12	15	21	51	1
<i>Hombres:</i>					
Periódicos	24	19	17	39	0
TV	40	23	17	20	0
Radio	22	14	19	45	1
Otras personas	16	18	23	41	1
<i>Mujeres:</i>					
Periódicos	9	13	15	62	1
TV	29	17	19	36	1
Radio	13	10	16	60	1
Otras personas	9	11	19	61	1

FUENTE: Banco de Datos del CIS, enero 1989.

¹⁸ Hay que señalar que la mitad de los españoles reconoce no leer nunca o casi nunca las secciones políticas de los periódicos.

a los canales de comunicación formales). Una supremacía del medio televisado que se confirma cuando se comprueba que acontecimientos políticos muy relevantes (como puede ser el Debate sobre el Estado de la Nación) son seguidos mayoritariamente, por aquella pequeña parte de la población que lo hace, a través de la televisión (tabla 8).

TABLA 8

*Niveles de seguimiento del debate parlamentario
del Estado de la Nación según los distintos medios
de comunicación*

	(%)
Lo siguió todo por la TV.....	3
Siguió parte por la TV.....	26
Lo siguió todo por la radio.....	1
Siguió parte por la radio.....	5
Lo leyó en la prensa.....	5
Oyó comentarios.....	12
Es la primera noticia que tiene.....	45
NC.....	3
TOTAL.....	100
(N).....	(2.482)

FUENTE: Banco de Datos del CIS, 1991.

La contrastación de estos datos con los de los demás países de la Comunidad Económica Europea nos demuestra la distancia existente entre el grado de «exposición» a la información política entre los ciudadanos de los países europeos y los españoles (tabla 9). Es interesante observar, en este punto, que se mantiene en todos los casos la supremacía de la televisión como principal canal de adquisición de la información política, a pesar de que el nivel de lectura de periódicos y de audiencia de las noticias de la radio es considerablemente superior al español¹⁹.

¹⁹ Aunque este no es el momento para comentar detalladamente los datos correspondientes al grado de exposición a los medios de comunicación contenidos en la tabla 9, es interesante observar dos casos particulares: el irlandés y el italiano. La alta audiencia de las noticias políticas a través de los diferentes medios es superior en Irlanda a la de otros muchos países con un mayor nivel de desarrollo dentro de la CEE (Francia y Holanda, por ejemplo), lo que puede contribuir a afirmar la idea de que no puede establecerse una línea unívoca que relacione los niveles de desarrollo con los de información política. Los datos de Italia apuntan también en la misma dirección. Los italianos poseen los niveles más bajos de lectura de las secciones políticas en la prensa y de audiencia de las noticias de la radio, a una gran distancia del resto de los países comunitarios, y también están en el grupo de los países con menos audiencia de los «telediarios». Ello sólo puede explicarse por las peculiaridades de la cultura política de los italianos, que en algunos aspectos importantes se acerca mucho a la de los españoles, en concreto en el «cinismo político».

TABLA 9

*Grado de exposición a los medios de información en los países de la CEE**

	Alemania (RFA) (%)	Bélgica (%)	Dina- marca (%)	Francia (%)	Gran Bretaña (%)	Grecia (%)	Holanda (%)	Irlanda (%)	Italia (%)	Luxem- burgo (%)	CEE ² (%)
<i>Ve las noticias en la TV.</i>											
Todos los días	64	58	60	63	84	67	66	73	65	63	68
Varias veces a la semana	24	23	26	17	9	17	26	15	18	17	18
Una o dos veces a la semana	7	9	10	11	4	6	5	8	8	8	8
Con menos frecuencia	3	7	3	5	2	3	4	2	5	6	3
Nunca	1	3	1	4	1	7	2	2	4	6	3
NS	1	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
ÍNDICE ¹	3,48	3,26	3,41	3,29	3,74	3,35	3,47	3,54	3,36	3,27	3,46
<i>Lee las noticias políticas en los diarios</i>											
Todos los días	61	29	62	31	53	35	44	46	26	51	43
Varias veces a la semana	18	15	9	12	9	15	18	16	14	18	14
Una o dos veces a la semana	8	14	11	15	14	14	9	18	18	7	13
Con menos frecuencia	7	19	11	13	10	13	11	11	14	9	11
Nunca	5	21	6	28	14	23	17	9	27	15	18
NS	1	2	1	1	—	—	1	—	1	—	1
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
ÍNDICE ¹	3,24	2,14	3,10	2,04	2,78	2,25	2,62	2,78	1,97	2,84	2,53
<i>Escucha las noticias en la radio</i>											
Todos los días	53	41	87	49	56	34	66	71	29	61	48
Varias veces a la semana	24	18	6	13	10	15	13	13	13	14	15
Una o dos veces a la semana	10	12	2	9	8	9	5	8	7	8	8
Con menos frecuencia	9	17	2	10	12	17	8	5	16	6	12
Nunca	3	11	2	18	14	25	8	3	34	8	16
NS	1	1	1	1	—	—	—	—	—	11	1
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
ÍNDICE ¹	3,15	2,60	3,75	2,67	2,82	2,17	3,21	3,43	1,86	3,06	2,68

* No se incluyen en la encuesta a España y a Portugal.

¹ Índice: 4=«todos los días»; 0=«nunca». Se excluye el «no sabe».

² Media ponderada.

FUENTE: Eurobarómetro, núm. 19, junio 1983.

Los datos en España demuestran también que son las mismas variables que intervenían en las diferencias en el grado de información y conocimientos políticos las que determinan el distinto tipo de audiencia que poseen los medios de comunicación entendidos como canales de información política. Y de nuevo nos encontramos con que el ciudadano tipo con un nivel de información y conocimientos más elevado, y en principio más proclive a la participación política (varón, urbano, de mediana edad y con un nivel educativo alto), constituye también el prototipo de lector asiduo de las secciones políticas de los periódicos.

Es evidente que la ausencia de una tradición de lectura de la prensa escrita es debida a factores de nuestra tradición política y cultural que hay que rastrear a lo largo de nuestra historia contemporánea y que entran dentro del mismo proceso que explica una buena parte de las carencias de la cultura política de la nueva democracia. Sin embargo, partiendo de esta situación de «déficit», los años ochenta suponen, además, una «normalización» democrática que, a imagen del resto de los países occidentales, se traduce en el triunfo de la televisión como medio predominante de comunicación y, en lo que a nosotros nos interesa, como principal transmisor de «informaciones políticas».

Se abre así un nuevo campo de reflexión para los estudiosos de la política en el que se plantean algunas preguntas cuya respuesta exige plantearse nuevas investigaciones que tengan en cuenta, entre otros, aspectos como los siguientes:

— La «naturaleza» de la información política televisada y particularmente las diferencias entre ésta y la contenida en la prensa escrita. No puede olvidarse que la televisión representa sobre todo el aumento de la rapidez en la transmisión de la información, la simplificación de la misma por medio de la ausencia de crítica o comentario y el predominio de las imágenes sobre el discurso escrito o hablado.

— La disminución del «tiempo real» de los informativos televisados como tendencia general que ha ido aumentando en los últimos años, como consecuencia del triunfo del que puede ser denominado «modelo norteamericano» de televisión.

— La disminución, llegando incluso a su práctica desaparición (o inexistencia en algunas cadenas privadas), de programas de información o debate político «tradicionales» que, sin embargo, proliferaron en los primeros años de la transición.

— La posible aparición de unas nuevas vías de transmisión, no tanto de información de tipo político, pero sí de valoración del sistema político a través de programas con una «envoltura» o presentación no claramente política. Dichos programas pueden llegar a tener una influencia muy notable en el mantenimiento del cinismo político, de la falta de identificación con el sistema político y con sus valores fundamentales.

— Los contenidos de la información política televisada y su posible influencia en una «simplificación» excesiva de los fenómenos políticos y, en el caso español, su posible influencia en la visión negativa e «hipercrítica» de la política nacional.

Pero esta idea de que es necesario investigar de forma más detenida sobre el impacto concreto de los medios de comunicación en la formación de las opiniones políticas de los españoles, consideradas como elemento común en la evolución de la cultura política en las sociedades postindustriales, no debe hacernos olvidar la singularidad del caso que nos ocupa. Es importante no exagerar el impacto de los medios de comunicación en una situación caracterizada no sólo por el escaso interés e información política de los ciudadanos, sino también por un nivel muy bajo de atención a los principales canales «formales» de información política y por una vida asociativa muy pobre que tampoco favorece la comunicación política entre los ciudadanos. No hay más remedio que admitir, por lo tanto, que al menos desde un punto de vista cuantitativo el papel de los medios de comunicación en la formación de la cultura política de los españoles ha de ser limitado y que es necesario volver la vista a los que hemos denominado «agentes o canales informales» de socialización política adulta, como ya señalara J. M. Maravall en sus estudios.

A MODO DE CONCLUSION

El principal objetivo que he tratado de desarrollar a lo largo de estas páginas ha sido doble: en primer lugar, llevar a cabo unas consideraciones acerca de la situación en la que se encuentran hoy en día los estudios de cultura política y las posibles vías por las que el estudioso puede seguir avanzando en un campo que sigue siendo central para la Sociología Política. En segundo lugar, y a partir de lo anterior, plantear, dentro del marco trazado por los estudios que se han realizado sobre la cultura política de la sociedad española, primero durante el proceso de transición política y después en el período de consolidación democrática, algunas hipótesis generales acerca del papel de los medios de comunicación en este proceso que conjuga al mismo tiempo evidentes elementos de estabilidad y de cambio. Soy plenamente consciente de que estas páginas constituyen únicamente un primer intento de aproximación al problema sin que haya agotado en ningún caso ni los interrogantes que surgen al abordar estos problemas y sin que haya podido plantear ninguna respuesta definitiva a ninguno de ellos.

La idea que ha guiado toda la exposición es la de que al abordar la explicación de cualquiera de los elementos que constituyen lo que se conviene en denominar la cultura política de los españoles, es necesario

manejar al tiempo dos conjuntos de explicaciones que, a mi modo de ver, no son irreconciliables aunque en algún momento pueda parecer lo contrario. En primer lugar, hay que partir de las singularidades de la evolución política contemporánea española, así como de las especificidades de la peculiar constitución social de la España de los años setenta y ochenta para explicar singularidades tales como la presencia del cinismo político, la debilidad de la participación política o incluso la alta valoración del sistema democrático español. Pero, por otro lado, no podemos olvidarnos de que, junto a estos elementos particulares, la cultura política de los españoles tiene que revelar necesariamente tendencias similares en su evolución a las del resto de las sociedades avanzadas y en este sentido algunos de los elementos que parecían marcar diferencias pueden ser mucho más esclarecedores si los consideramos en términos de similitudes. La cultura política en España, por consiguiente, tiene que situarse primero dentro del marco de la transición del autoritarismo a la democracia, pero, después, debe analizarse dentro del marco de las transformaciones que caracterizan a las sociedades industriales avanzadas. Lo malo, evidentemente, es que dicha óptica complica tremendamente el análisis y no permite, al menos a mí no me permite, extraer rápidamente conclusiones claras y tendencias seguras y firmes en su evolución y en sus elementos de permanencia.

Desde esta perspectiva, la consideración del impacto de los medios de comunicación sobre la construcción de la nueva cultura política es un excelente ejemplo para comenzar a poner a prueba esta doble línea de explicación, a pesar de que es evidente que sería necesario contar no sólo con un mayor número de datos, sino también con unos datos más circunscritos a los procesos de transmisión de información y valores políticos que los que se presentan a este artículo. A pesar de estas limitaciones, es posible marcar algunas ideas finales.

En primer lugar, la escasa recepción de la información política en base a la pobre audiencia de los distintos medios de comunicación vuelve a plantear, una vez más, el problema de identificar los canales de socialización política, sobre todo en lo que se refiere a la socialización política adulta.

En segundo lugar, es necesario seguir ahondando en las explicaciones del mantenimiento del cinismo político como característica relevante y diferenciadora de la cultura política de los españoles. Dicho cinismo, cuyo surgimiento se explica como resultado de la evolución histórica contemporánea, parece haberse convertido ya en una característica que define también a otras sociedades postindustriales. Y es en esta segunda dimensión en donde el papel de los medios de comunicación como difusores y mantenedores de dichas actitudes puede ser relevante.

Por último, no puede dejarse de lado la tarea de investigar en la transformación del sentido de la idea de lo político, tal y como aparece en las sociedades postindustriales, y que según algunos autores da origen, a

partir de una nueva definición de la misma, al surgimiento de nuevos ámbitos de la política y a una quiebra radical de los valores y comportamientos políticos tradicionales. En este aspecto, también los cambios sufridos por el modo en que se «envuelven» y se presentan las informaciones políticas a través de los medios de comunicación, así como los cambios en su contenido, aparecen como un objeto central en el análisis.